

CAPÍTULO 13

A la búsqueda de agentes para la habitabilidad* urbana en una economía política globalizada

Las ciudades pobres del mundo en desarrollo son a menudo núcleos vibrantes de la economía global y de la actividad cultural, pero también son ecológicamente insostenibles, y sólo ofrecen a los ciudadanos comunes una calidad de vida pobre, que poco a poco las hace más difíciles de habitar. Tres cuartos de aquellos que se sumen a la población mundial en el siglo XXI vivirán en ciudades del Tercer Mundo. A menos que se consiga que las ciudades proporcionen medios de vida decentes para las personas comunes, y sean ecológicamente sostenibles, el futuro es sombrío. La política pública sobre la calidad de vida y la sostenibilidad de estas ciudades se ha convertido en el modelo de desafío para la gobernabilidad durante el siglo XXI.

Desde Bangkok hasta Ciudad de México, están aumentando los niveles de contaminación del aire y del agua. Llegar al trabajo lleva cada vez más y más tiempo. La vivienda asequible es una especie en peligro y los espacios verdes están encogiéndose. Las grandes urbes del Tercer Mundo se están convirtiendo en «ciudades mundiales», nodos crecientemente importantes en las redes productivas y financieras de la economía global, pero que no proporcionan medios de vida ni un hábitat saludable para las personas comunes. También están degradando los recursos naturales dentro y fuera del área urbanizada a una velocidad que no puede sostenerse. Sin nuevas estrategias políticas dirigidas a crear una mayor habitabilidad urbana, el futuro es gris.

La moneda de la habitabilidad urbana tiene dos caras. Los medios de vida de la gente es una de ellas. La sostenibilidad medioambiental es la otra. Los medios de vida significan trabajos en edificios suficientemente cercanos a los hogares –dignos– de los trabajadores, con salarios ajustados al costo de los alquileres y con acceso a los servicios que forman parte de un hábitat saludable. Esos medios de vida deben ser también sostenibles. Si la búsqueda de trabajo y vivienda se soluciona de una manera que degra-

* La palabra inglesa que traducimos aquí es «livability», neologismo que querría significar literalmente «la posibilidad de poder vivir». Lo traducimos aquí por habitabilidad, que aunque tiene un sentido ligeramente distinto y más limitado en términos vitales, se usa en las obras académicas y debe comprenderse en este contexto en un sentido más amplio, cercano al que aquí señalamos. (N. del T.)

de de manera progresiva e irreparable el medioambiente de la ciudad*, entonces el problema de los medios de vida no se soluciona realmente. La degradación medioambiental compra una forma de vida a costa de la calidad de vida, y obliga a los ciudadanos a vender espacios verdes y aire respirable a cambio de salarios. Para que sea habitable, una ciudad debe considerar ambas caras de la moneda simultáneamente y proporcionar medios de vida a sus ciudadanos, a los corrientes y a los prósperos, mediante sistemas que preserven la calidad del medioambiente¹.

La sostenibilidad también depende de la relación de la ciudad con las tierras rurales limítrofes. A largo plazo se debe juzgar a las ciudades no sólo en términos de la calidad de vida que proporcionan a sus moradores, sino también en términos de la relación ecológica entre la ciudad y las áreas rurales². Al igual que no deben transarse los medios de vida a cambio de la calidad de vida urbana, las ciudades tampoco deben sustentarse dejando sus vestigios ecológicamente insostenibles en las tierras que la rodean. Si quieren ser sostenibles, las ciudades no pueden absorber recursos, como el agua subterránea, a una velocidad superior a la que puede recuperarse el acuífero, ni depositar los desechos generados por la producción urbana en perjuicio de los territorios rurales. Finalmente, y como es evidente, la sostenibilidad ecológica afecta a la justicia intergeneracional. Las ciudades que proporcionan medios de vida y buena calidad de vida mediante prácticas que despojan a las futuras generaciones de la misma medida de bienestar no son realmente habitables. La verdadera habitabilidad urbana es equivalente a «garantizar los medios de vida sostenibles» en las áreas rurales (Chambers 1987).

Hacer que las ciudades del Tercer Mundo sean más habitables constituye un problema práctico de grandes dimensiones. Se podría defender que éste es el primer reto de cualquier político o analista que se interese por el bienestar de los ciudadanos del mundo. Enfrentar ese reto exige un conjunto claro de ideas sobre los actores que estructuran la ciudad, de sus intereses y de su capacidad para realizarlos. La cuestión de la brecha social y de la acción colectiva debe examinarse partiendo de cero. Las elites urbanas y los moradores de los barrios pobres comparten un interés común en la habitabilidad, pero raramente coinciden los sueños de los pobres de poseer una vivienda urbana y los imaginarios de las elites sobre la ciudad global.

* Véase *infra* sobre esta noción extraña de «medioambiente de la ciudad». (N. del T.)

¹ Cohen (1996, 96), en su discusión de la agenda de Habitat II, hace una petición análoga a favor de la consideración del carácter dual de la habitabilidad urbana, uniendo las dos definiciones de la palabra «hábitat»: «hábitat» como asentamiento humano (la definición de Habitat I en Vancouver en 1976), y «hábitat» como ecosistema (la definición de Río en 1992).

² Cfr. Buttel (1998, 7).

Las cuestiones sobre la gobernanza y las perspectivas de nuevas formas de política son todavía más cruciales. ¿Hay lugar para la acción colectiva en relación con la habitabilidad urbana? Si la hay, ¿quién podría organizarla y canalizarla? ¿Las comunidades locales siguen siendo actores políticos efectivos? Los partidos políticos y los Gobiernos, vehículos tradicionales de los proyectos colectivos, ¿son candidatos plausibles? O también: ¿las direcciones que tome la habitabilidad urbana deben apoyarse en instrumentos institucionales menos convencionales, como los movimientos sociales o las ONG? Enfrentar los problemas prácticos de la habitabilidad urbana depende de tener una teoría de la economía política urbana que nos permita identificar los agentes de dicha habitabilidad y evaluar las condiciones bajo las cuales pueden tener éxito.

CONTEXTO TEÓRICO

Ocuparse de la habitabilidad urbana obliga a referirse a debates fundamentales sobre la dinámica de la economía política global contemporánea. En primer lugar, tenemos la cuestión de los mercados. Ninguno de los lados de la reflexión maniquea que invade las perspectivas contemporáneas sobre los mercados es demasiado útil para los habitantes de la ciudad.

Las fantasías triunfalistas de que los mercados sin restricciones producen un bienestar generalizado aportan poco a las comunidades de los barrios marginales que quieren gozar de agua potable y de calles seguras y limpias. El romanticismo posmoderno, en el cual campesinos virtuosos, immaculados todavía frente a la cultura occidental, se aíslan de los mercados globales, tiene todavía menos sentido en las megaciudades. Los mercados pueden contribuir a la habitabilidad urbana, pero su contribución no es automática. Que los mercados sean parte del problema o de la solución depende de los procesos políticos de oposición a través de los cuales los actores sociales los construyen y transforman³.

La cuestión de los mercados se conecta directamente con la cuestión de la agencia*. Las visiones economicistas de los mercados globales los presentan como un vasto e intrincado mecanismo, cuya complejidad desafía la capacidad de cualquier agente humano de producir resultados alternativos más deseables. Las visiones culturalistas de la globalización, en las cuales una cultura capitalista hegemónica suprime incluso la posibilidad de concebir resultados alternativos, son todavía más pobres. Los proponentes de estas dos visiones tienen valoraciones antitéticas acerca del grado en el que los resultados del mercado maximizan el bienestar humano, pero están de acuerdo en la imposibilidad de que existan alternativas. Enfrentar el problema de la habitabilidad urbana nos obliga a resucitar la cuestión de las formas de agencia alternativas.

³ Cfr. Fligstein (1996).

* Véase nota del traductor p. 42.

El análisis de la habitabilidad urbana significa también trasponer los debates en la ecología política sobre la sostenibilidad y la justicia social de los campos y los bosques a las calles, fábricas y sistemas de alcantarillado del medioambiente artificial⁴. La invocación del fin de la sostenibilidad ecológica ha emergido como el reto más efectivo, ideológicamente, frente a la lógica «acumulativa» que privilegia el crecimiento económico como criterio último para medir la mejora del bienestar. No obstante, las teorías que ligan los argumentos acerca del impacto de los humanos en la naturaleza a los debates sobre la distribución y la justicia social no están lo suficientemente desarrolladas, puesto que siguen inspirándose principalmente en casos extraídos de entornos rurales que están siendo abandonados por la gente. Considerar la habitabilidad urbana como una combinación de medios de vida y sostenibilidad ambiental implica aplicar la ecología política a los espacios sociopolíticos a los cuales se traslada la gente.

La teorización que explícitamente se ocupa de la ciudad, como la visión de Molotch y de Logan de la «ciudad como una máquina de crecimiento» o la multicolorida obra de Manuel Castells, debe considerarse conjuntamente con los debates teóricos generales acerca de la economía política (o la ecología política). Antes de pasar específicamente a los interlocutores más urbanos, tiene sentido, sin embargo, considerar más de cerca cómo la reflexión contemporánea sobre los mercados, las cuestiones sobre la agencia humana y la ecología política se entrecruzan con los argumentos sobre la habitabilidad urbana.

MERCADOS Y HABITABILIDAD URBANA

En el neoliberalismo tecnificado que emana de fuentes como la revista *Wired*, la «apertura» creciente de los mercados globales acelera el crecimiento económico y estimula la nueva tecnología. La magia de la tecnología y el crecimiento genera, a su vez, la solución a los problemas relacionados con los medios de vida y la sostenibilidad ecológica⁵. En este triunfalista análisis estructural, todo lo que necesitamos hacer es asegurarnos de que la apertura del mercado global no se ve amenazada por ninguna reacción política. La única política necesaria es un sistema de sucesión electoralmente determinado, que vigile la interferencia pública en los mercados y que proporcione a las elites privadas, que son las que entienden los mercados, acceso a las decisiones políticas. Los mercados y la tecnología hacen el resto.

⁴ Para una revisión de las perspectivas de la ecología política sobre el medioambiente y la justicia social, véase Peet y Watts (1996).

⁵ En un número famoso de *Wired*, Peter Schwartz y Peter Leyden (1997) proclamaban: «Contemplamos 25 años de prosperidad, libertad y un mejor medioambiente para todo el mundo ¿Algún problema con eso?»

Los analistas más serios son escépticos frente a la idea de que la fórmula hegemónica del siglo XX para la mejora del bienestar, crecimiento más nueva tecnología, sea un remedio automático para los problemas acerca de los medios de vida y la sostenibilidad ambiental. No parece probable que las ciudades del Tercer Mundo, que enfrentan un flujo interminable de futuros urbanitas, sean capaces de escapar de sus problemas medioambientales haciéndose prósperas. En estas ciudades, a menudo el éxito económico ha agudizado los problemas medioambientales urbanos, en vez de solucionarlos. Bangkok es el caso clásico de crecimiento rápido acompañado de degradación urbana⁶. Infortunadamente, ese es el fenómeno más corriente, lejos de ser excepcional. Ello no significa que el crecimiento económico sea malo. El incremento en la productividad es un elemento esencial para mejorar los medios de vida, y crea recursos que pueden usarse para proporcionar la infraestructura y los servicios que son esenciales para construir un entorno urbano habitable. Sin embargo, para la mayoría de las ciudades en desarrollo el problema es conectar el crecimiento con la habitabilidad urbana.

La conexión entre la lógica del mercado y la lógica de la habitabilidad está lejos de ser automática. Los mercados que modelan las ciudades son, ante todo, los del suelo y, como Karl Polanyi (1957) nos recordó forzosamente hace medio siglo, el suelo es «una mercancía ficticia». Cuando crece la demanda de los bienes de consumo «normales», como las radios o los reproductores de CD, aumentan las economías de escala y los cambios tecnológicos abaratan sus precios, pero intentar producir más suelo en un lugar determinado tiene siempre costos crecientes⁷. Cuando la demanda de suelo excede la oferta, el resultado es que los precios especulativos aumentan. Una proporción creciente de moradores urbanos enfrenta una disyuntiva desalentadora entre los salarios generados por los mercados laborales de las ciudades, por un lado, y los costos de la vivienda generados por el mercado del suelo urbano, por otro. Al mismo tiempo, los usos «comerciales» del suelo, como la vivienda para los individuos ricos y el espacio comercial para las empresas, expulsa los usos no comerciales, como los parques o los espacios verdes, haciendo que la ciudad en su conjunto sea menos habitable.

La insuficiencia de las soluciones proporcionadas por el mercado también emana de la importancia impresionante de las «externalidades». Las externalidades negativas generadas por las transacciones de mercado tienen una importancia esencial en la configuración de la vida urbana. Usar los automóviles privados como el principal medio de transporte es el ejem-

⁶ Cfr. Setchell (1995); Douglas (2002).

⁷ En contraste con la curva típica ideal de costos de fabricación, en la cual los costos decrecen con el incremento de las cantidades en producción, los sistemas a través de los cuales se «produce» nuevo suelo, como la utilización de suelo distante en lugar de cercano, o transformar suelo inadecuado en adecuado (rellenando bahías o allanando montañas), implican todos ellos costos crecientes.

plo más patente del dilema del prisionero inherente a las soluciones individuales de mercado. Esta solución privada no sólo despoja a los habitantes urbanos del bien público más clásico, el aire respirable, sino que a medida que se llenan las carreteras y aumentan los trancones, también se fracasa en reducir el tiempo de transporte, aun para aquellos que son lo suficientemente privilegiados como para ser propietarios de automóviles.

La pura lógica de mercado convierte a las empresas y a los consumidores individuales en contaminadores. En ausencia de sanciones legales que se hagan cumplir escrupulosamente, prevalece la lógica de las llamadas «economías de frontera»* (Colby 1991; Princen 1997). La contaminación es gratis y prevenirla es costoso. Las ganancias medioambientales son un beneficio marginal irrelevante hasta que alguna fuerza ajena al mercado las hace relevantes. Aun cuando la instauración de sistemas de producción más benignos medioambientalmente puede en última instancia ser más rentable, los sistemas de innovación guiados únicamente por la búsqueda de la maximización de beneficios es improbable que los descubran. Sólo cuando se construyen los mercados de manera que puedan interiorizar las externalidades y consolidar las tasas de descuento privadas de corto plazo con las tasas sociales de largo plazo, la búsqueda de estrategias de producción «verdes» se hace «racional» desde el punto de vista de la inevitable «conclusión final» de la economía: la rentabilidad.

A pesar de todo lo anterior, el hecho sigue siendo que los mercados y las empresas que los dominan tienen que desempeñar una actividad fundamental en las soluciones a los problemas urbanos. Una valoración cuidadosa de los costos y beneficios económicos es una parte necesaria de la evaluación de las estrategias futuras para la sostenibilidad. Una valoración realista de cómo pueden beneficiarse las ciudades de las oportunidades económicas que dependen de los mercados globales debe ser parte integral de cualquier esfuerzo exitoso por generar medios de vida para los habitantes de la ciudad. Las posibilidades de «hacer más verde» la búsqueda del beneficio, que se han señalado en los trabajos académicos sobre «modernización ecológica», deben explotarse plenamente⁸.

* Colby, en su estudio de los modelos económicos, desarrolla un modelo de cinco fases para explicar la interacción entre actividad humana y la naturaleza en dichos modelos. En los extremos estarían la «economía de frontera», caracterizada por la utilización sin límites de los recursos naturales disponibles al identificar progreso con crecimiento económico infinito, y la «ecología profunda», en la que la estrategia de interacción conduce al anticrecimiento y a un modelo basado en la conservación de la diversidad cultural y biológica. (N. del T.)

⁸ Para un examen de la «perspectiva de la modernización ecológica,» véase Mol (1995) y Mol y Sonnenfeld (2000). Una muy amplia obra académica documenta en nuestros días la fascinación de al menos un importante segmento de la comunidad corporativa con las estrategias «verdes.» Véase, por ejemplo, Schmidheiny (1992), Shrivastava (1993), Eden (1996). Al mismo tiempo, la visión tradicional de «la rueda de molino de la producción capitalista» (Schnaiberg 1980; Schnaiberg y Gould 1994), que postula un «conflicto inevitable» entre la búsqueda de beneficios y la búsqueda por la sostenibilidad, continúa capturando la lógica de un conjunto sustancial de comportamientos de las empresas.

Cuando existe por lo menos una normatividad medioambiental modestamente efectiva, puede motivarse a las empresas para que encuentren maneras rentables de reducir la contaminación. Estas podrían llegar a desarrollar soluciones que sean más eficientes que las previstas por el legislador. Algunos administradores de empresas pueden creer cabalmente, como individuos, en el valor intrínseco del medioambiente. Si cuidarlo puede hacerse compatible con sus obligaciones frente a los accionistas, esos administradores pueden ser medioambientalistas muy efectivos.

Rechazar los mercados por principio no funciona mejor que la fe ciega en su eficacia. Los mercados deben tomarse en serio, sin pensarlos como «naturales» o como exógenos. Normalmente, las coaliciones de actores públicos y privados que construyen los mercados tienen unos objetivos socialmente minimalistas, y el más importante de ellos sería la preservación de los derechos de propiedad del mercado más fuerte. Reemplazar esos «mercados minimalistas» por otros cuyas reglas tengan en cuenta la habitabilidad urbana está en el centro de cualquier búsqueda por una ciudad más habitable. Es primordialmente una tarea política.

LA AGENCIA EN UNA ECONOMÍA POLÍTICA GLOBALIZADA

Un imaginario triunfalista, en el cual los mercados minimalistas se bastan para maximizar el bienestar y la sostenibilidad, conduce también a una política minimalista. Los triunfalistas del mercado definen la democracia como una sucesión, electoralmente determinada, de los cargos políticos. La creciente presencia de la celebración de elecciones en todo el mundo es el complemento a la ampliación de la «apertura del mercado.» La una junto al otro constituyen las «transiciones gemelas,» que supuestamente maximizan el bienestar y aseguran la sostenibilidad. Por desgracia, lo que este tipo de democracia minimalista asegura es que los políticos que dependen de las contribuciones económicas particulares permitan la máxima influencia de las mismas elites que dominan los mercados. Por consiguiente, es improbable que creen la capacidad necesaria para reconstruir los mercados de manera que se aborde con seriedad la insuficiencia de bienes colectivos, la sobreabundancia de externalidades negativas o las carencias sociales que emergen de las disparidades iniciales en la asignación de recursos.

Para aquellos convencidos de la necesidad de las formas alternativas de agencia, la política es más complicada. La sucesión política electoralmente determinada sigue siendo irrenunciable, pero la democracia debe ir más allá. También son esenciales las estrategias de movilización que dan a los ciudadanos ordinarios el poder de influir en la política, y hacen a los funcionarios públicos receptivos frente a sus necesidades. Las instituciones públicas supervisadas democráticamente deben también tener la capacidad

de responder a las peticiones populares y empujar a las empresas para que abandonen el modelo de «economía de frontera» en beneficio de uno más compatible con la habitabilidad.

Desde tiempo atrás, decidir cuáles deben ser los parámetros legalmente exigibles alrededor de los cuales se construyan los mercados ha sido prerrogativa de los Gobiernos locales y nacionales. Los Gobiernos nacionales han regulado los salarios mínimos, las horas de trabajo, las tasas de interés y la oferta monetaria. Más recientemente, han restringido los derechos de los productores y los consumidores a dañar el medioambiente y castigan a los que contaminan. El entorno global neoliberal actual se opone a esas prerrogativas tradicionales.

La globalización ha incrementado la capacidad de las «fuerzas de mercado» anónimas para castigar a los Gobiernos nacionales que intentan restringir las posibilidades de obtener beneficios globales. Un grupo emergente de normas y acuerdos internacionales limita crecientemente no sólo la capacidad de los Estados de restringir los flujos transfronterizos, sino también la manera en la cual los Estados pueden relacionarse con las empresas que operan en el interior de sus fronteras (Ruggie 1994). El poder y la incidencia interna creciente de las normas multilaterales y de organizaciones como la Organización Mundial del Comercio (OMC) y el Fondo Monetario Internacional (FMI) se refuerzan mediante los esfuerzos agresivos de Estados Unidos por imponer las interpretaciones angloestadounidenses de las reglas internacionales (Evans 1997b). Estos mecanismos políticos y legales suprimen la posibilidad de reconfigurar los mercados a nivel nacional, aun antes de que actúen las «fuerzas del mercado».

El recorte de las prerrogativas que tienen los Gobiernos nacionales de reconfigurar los mercados genera un clima en el cual los Estados-nación se ven como totalmente carentes de agencia o sólo como capaces de hacer cumplir políticas que ratifiquen las exigencias de los mercados globales. Para algunos, el poder del Estado-nación se ha «evaporado simplemente» (Strange 1995, 56)⁹. Mientras que las noticias sobre el declive del Estado-nación son, sin duda, exageradas, probablemente es cierto que el poder de los Gobiernos nacionales es, hoy en día, un instrumento menos poderoso a la hora de producir resultados alternativos. Aquellos lo suficientemente obstinados como para seguir empeñados en encontrar maneras de ejercer la agencia en beneficio de proyectos alternativos como la habitabilidad deben expandir su búsqueda para incluir otros niveles institucionales.

⁹ Esta posición puede asumirse como una justificación útil que permite a los políticos nacionales evadir la responsabilidad por los problemas de distribución y bienestar. Cuando se trata de apoyar el comercio mundial, es impresionante el grado en el cual se ha preservado la agencia del Estado. Cfr. Evans (1997b).

En un mundo neoliberal, las instituciones locales y regionales se convierten en los lugares más interesantes para encontrar fuentes alternativas de agencia. Los Gobiernos locales nunca han tenido el mismo tipo de prerrogativas para la construcción del mercado de las que han gozado los Gobiernos nacionales, y siempre han sido vulnerables a las amenazas de los inversores de irse a otras ciudades o regiones. La globalización puede haber reducido también el poder de negociación de las instituciones políticas subnacionales con respecto al capital, pero el grado de agencia del que gozan los Gobiernos locales ha cambiado menos que en el caso de los Gobiernos nacionales. La capacidad reconocidamente modesta del gobierno local para configurar los mercados sigue estando casi intacta.

Las posibilidades de combinar la agencia local con otros esfuerzos complementarios en la esfera global se han hecho también más interesantes. Los analistas como Keck y Sikkink (1998a) han comenzado a contemplar la posibilidad de que las nuevas facilidades existentes para la comunicación global puedan usarse para incrementar la eficacia de los activistas sociales globalmente legitimados en sus batallas contra las elites globales intransigentes. La escena global proporciona un conjunto rico de recursos ideológicos y políticos cuando lo que está en juego es la sostenibilidad¹⁰. Mediante la construcción de vínculos entre individuos y grupos de parecido pensamiento en otros países, los activistas locales pueden obtener acceso a recursos materiales e ideológicos complementarios (Evans 2000).

Paralelamente al aumento de la complejidad institucional de la agencia alternativa, las banderas bajo las cuales se consigue movilizar el apoyo han cambiado. Cada día más los argumentos medioambientalistas se ganan un lugar entre los discursos tradicionales de la justicia social¹¹. El discurso contrahegemónico contemporáneo se ocupa por igual de la ecología política que de la economía política tradicional. En consecuencia, el análisis de la habitabilidad urbana debe construirse alrededor de los esfuerzos por unir los argumentos de justicia social y medioambientalistas que se han desarrollado en el análisis de las luchas rurales.

La inclusión de una dimensión medioambiental

La ecología política contemporánea surge de la insatisfacción con las versiones conservacionistas tradicionales de las ideas ecológicas, que tienden a ignorar los problemas de las personas cuyos medios de vida dependen de la explotación continuada de los recursos naturales¹². También nace

¹⁰ Cfr. Meyer et al. (1997).

¹¹ Para una discusión valiosa sobre cómo el discurso sociopolítico se hace más «verde,» véase Buttel (1992).

¹² Algunos defenderían que la ecología política no se ha movido lo suficientemente lejos en esa dirección. Así, Peet y Watts (1996) han hecho un llamado por una «ecología de la liberación.»

de una percepción de que los movimientos medioambientalistas, que se formaron en oposición a la explotación ciega de los recursos naturales, se encontraban a menudo entre los movimientos defensores de los medios de vida de la gente que pretendía preservar las relaciones «menos desarrolladas» con la naturaleza y que permitían que los grupos marginales para la economía global se pudieran ganar la vida (Friedmann y Rangan 1993).

La fusión entre los argumentos ecológicos y de justicia social crea nuevos «imaginarios» que ayudan a dar fuerza a las luchas locales y a atraer un conjunto más diverso de aliados. Las luchas tradicionales por la justicia social, en las que los trabajadores pelearon con los capitalistas por los salarios o los campesinos con los terratenientes por los arriendos de las tierras, hicieron vulnerables a los grupos subordinados frente a las acusaciones de «egoísmo,» aunque fuera simplemente por demandar un trozo mayor del pastel, no sólo a expensas de sus adversarios de la elite, sino potencialmente también a expensas de la ciudadanía en su conjunto (sobre todo en su papel difuso como «consumidores»). Al añadirse el elemento ecológico, las exigencias de los grupos subordinados adquieren una pretensión nueva de universalidad que puede conseguir movilizar nuevos aliados locales. Por ejemplo, añadir una dimensión ecológica transforma a los recolectores de caucho amazónicos de trabajadores explotados dedicados a actividades extractivas, que intentan asegurar su medio de vida frente a una agricultura capitalista expansiva, en protectores de los «pulmones de la tierra». Es esta última responsabilidad la que los convierte en valiosos aliados de los grupos medioambientalistas transnacionales y, a través de ellos, pueden usar el capital cultural y el acceso político de los activistas comprometidos que emplean estos grupos¹³.

Los estudios sobre la habitabilidad urbana son la extensión natural del trabajo existente sobre la política medioambiental. Mientras que trabajar en los campos y en los bosques ha proporcionado una perspectiva de valor incalculable sobre la dinámica general de la ecología política¹⁴, el descuido práctico del medioambiente urbano es cada vez más difícil de defender. Como expresa recientemente David Harvey (1997, 25) en su queja: «¿Por qué tenemos que pensar el medioambiente artificial de las ciudades como algo que no es parte *del* medioambiente?»

A su vez, introducir con fuerza en primer plano la perspectiva medioambientalista enriquece las aproximaciones existentes a la economía política urbana, complementando y extendiendo las preocupaciones tradicionales acerca de la tensión entre acumulación y distribución. Las formulaciones teóricas de la «ecología de la liberación» complementan la

¹³ Cfr. Keck (1995); Keck y Sikkink (1998b).

¹⁴ Para un ejemplo especialmente bueno, véase Peluso (1992).

larga tradición de trabajo acerca de las tensiones entre la ciudad como un lugar para vivir y la ciudad como un centro para la acumulación.

LA AGENCIA Y LA ACUMULACIÓN EN LA ECONOMÍA POLÍTICA URBANA

Para poder completar las perspectivas ofrecidas por los trabajos académicos sobre ecología política, el análisis de la habitabilidad urbana necesita inspirarse también en la tradición de la economía política urbana, que se ha centrado principalmente en el crecimiento de las ciudades industriales. Algunos de los trabajos más influyentes sobre las ciudades de Estados Unidos comienzan con una simple premisa: «[Hay] un tema que genera consenso repetidamente entre los grupos de elites locales y que los separa de las personas que usan la ciudad como un lugar para vivir y trabajar: el problema del crecimiento» (Logan y Molotch 1987, 50).

El trabajo de Harvey Molotch, John Logan y sus colaboradores define una perspectiva, hoy en día ya clásica, de «la ciudad como una máquina de crecimiento»¹⁵. La tesis de la «máquina del crecimiento» no es simplemente economicista, sino que defiende la existencia de una fuerte hegemonía gramsciana, por la cual los funcionarios públicos, los medios de comunicación locales y los líderes sindicales participan dentro de una coalición, trabajando al unísono, de una manera sorprendentemente bien coordinada, en beneficio de los proyectos de acumulación. El análisis histórico de John Mollenkopf (1983) sobre el carácter cambiante de las «coaliciones procrecimiento» dentro de las políticas urbanas de Estados Unidos se amplía al mostrar cuán distintas pueden ser las máquinas para el crecimiento. La coalición procrecimiento que prevaleció de los años treinta a los ochenta al menos apoyó importantes inversiones en infraestructura urbana¹⁶. En contraste, en los años ochenta ese tipo de inversión se recortó a causa de una coalición conservadora que impulsó una desinversión devastadora en infraestructura física, de la cual dependen tradicionalmente los habitantes de las ciudades (p. 255-6). Para Mollenkopf, ello demuestra que «no somos prisioneros de la historia y la estructura social». En lugar de ello, la iniciativa política y la construcción de coaliciones pueden tener «un vasto y demostrable impacto en el curso del desarrollo urbano» (p. 299).

La premisa de que las «máquinas para el crecimiento» pueden variar en formas que tienen consecuencias importantes para la habitabilidad ur-

¹⁵ Véase Molotch, (1976); Molotch y Logan (1984); Logan y Molotch (1987); Logan et al. (1997).

¹⁶ La «coalición procrecimiento» de Mollenkopf podría verse como una nueva sucesora mundial de la coalición que produjo lo que Harvey (1997, 20) llamó «el 'socialismo de agua y gas' de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX.»

bana también es apoyada por el trabajo de Logan y Molotch. Estos autores explican que, para algunas ciudades privilegiadas, algunos de los caminos que puede seguir el modelo de la «máquina para el crecimiento» pueden incorporar elementos que apoyen en ocasiones la sostenibilidad. En el caso de Santa Bárbara, por ejemplo, los intereses de las elites locales en el turismo les llevaron a oponerse a las perforaciones petrolíferas marinas (cuyos beneficios económicos no recaían sobre la comunidad local, mientras que sí lo hacían sus costos) y el éxito del referéndum local sugiere que las preocupaciones medioambientales se han hecho políticamente hegemónicas (Molotch y Logan 1984, 487, 490).

En un trabajo más reciente, Molotch (Molotch, Freudenberg y Paulsen 2000) contrasta el caso de Santa Bárbara con el de la ciudad vecina de Ventura para mostrar cómo las pequeñas diferencias en el tiempo en el cual se presentaron las posibilidades de realizar las inversiones extractivas (petróleo) condujeron en Santa Bárbara a una respuesta más antagonista. La vida asociativa más densa y más comprometida ayudó a su vez a elaborar un conjunto de políticas públicas que apoyaron una cultura comunitaria excepcional, la calidad de vida y la relación de la comunidad con el medioambiente natural. En esta comparación, la operación inexorable de la máquina del crecimiento se disuelve en un segundo plano, mientras que el potencial de los caminos alternativos modelados por la interacción de una multiplicidad de actores urbanos pasa al frente.

La posibilidad opuesta, en la cual la máquina para el crecimiento estadounidense actual se mueve hacia una dirección profundamente distópica, se narra vívidamente en la visión de Mike Davis (1998) de Los Angeles. En la ciudad de Los Angeles que describe Davis, el reinado de la máquina para el crecimiento no tiene interés en la inversión pública destinada a mejorar el bienestar de los habitantes ordinarios de la ciudad. El resultado es una pesadilla en la que viven todos, menos los más ricos: «Sin esperanza de mayores inversiones públicas que remedien las condiciones sociales estructurales, nos vemos obligados ante esa ausencia a realizar inversiones cada vez más grandes, públicas y privadas, en seguridad personal» (p. 364). El sentido de seguridad frágil que aún pueda quedar en la ciudad sigue dependiendo de la combinación de los «propietarios asediados y armados» que habitan en las vecindades de la clase trabajadora, con «las fuerzas de policía privada de los barrios cerrados más ricos del extrarradio». Finalmente, la ciudad se encuentra rodeada, como era de esperarse, por la única infraestructura física material a la que la «máquina para el crecimiento» dedica gustosamente fondos públicos: un próspero conjunto de nuevas prisiones.

Davis, Mollenkopf, Molotch y Logan nos dan una imagen de la variedad de resultados que coaliciones políticas distintas pueden producir a lo largo

del tiempo y en ciudades distintas, aunque todas ellas funcionen en el mismo contexto social regulado por el mercado. Todos estos trabajos ven la agencia como dependiente de coaliciones e iniciativas políticas, destacando a su vez la importancia de las instituciones sociales y culturales al nivel microsocial para establecer direcciones concretas (dependientes de los procesos históricos). La cuestión es cuan útil puede ser una perspectiva elaborada en ciudades desarrolladas para comprender el conjunto de circunstancias mucho más diversas que enfrentan los habitantes urbanos de las ciudades de los países transicionales y en vías de desarrollo.

El trabajo de Manuel Castells, que cubre temas como las comunidades de los barrios marginales de Latinoamérica, las ciudades mundiales de Asia o la Europa democrática, ofrece la perspectiva urbana comparativa más completa. Al inicio, pareciera ser una perspectiva mucho más gris que la de la máquina para el crecimiento. En la visión de Castells de la ciudad global, primero desarrollada en *The Informational City* (1989) y que alcanzó su madurez en su trilogía *Information Age* (1996, 1997, 1998), el poder reside en las redes transnacionales, de las cuales los habitantes comunes de las ciudades están totalmente excluidos. Los moradores urbanos «interactúan con su entorno físico diariamente» y unos con otros en un «espacio de lugares», construyendo un «lugar cuya forma, función y significado están autocontenidos en los límites de la contigüidad física» (1996, 423-425). El poder de controlar y transformar la sociedad se localiza en el «espacio de flujos», en el cual la información y los recursos se intercambian en nodos y puntos de intercambio que están físicamente separados, pero unidos en su participación en una red global compartida de poder. Las comunidades locales continúan siendo una fuente de identidad (1997, 60-64), pero no una fuente de poder político o económico. Es por ello que, por ejemplo, «las colonias populares» de Ciudad de México (originalmente asentamientos ilegales), aun constituyendo dos tercios de la población de la megápolis, no tienen ningún papel destacable en el funcionamiento de la Ciudad de México como centro de negocios internacional» (1996, 380-381).

Otros trabajos sobre la globalización de la economía política urbana¹⁷ nos presentan una imagen similar. Las elites urbanas contemporáneas afrontan una nueva definición de «éxito» económico. Para tener éxito, una ciudad debe participar en los flujos transnacionales de capital e información, y convertirse en un lugar adecuado para las sedes administrativas de las empresas. Aunque el éxito en esta competición global depende en la práctica de poder ofrecer a las elites «calidad de vida,» el proyecto de crear una ciudad mundial es mucho más extremo que el proyecto tradicional de la «máquina para el crecimiento». La economía bifurcada de las ciudades mun-

* En español en el original. (N. del T.)

¹⁷ Por ejemplo, Friedmann (1986); Douglass (1998a; 1998b); Sassen (1991; 1997).

diales, en la cual un grupo muy pequeño de personas de la elite financiera y de los ejecutivos de las empresas prestadoras de servicios son atendidos por el sector de la economía que presta servicios personales, muy numeroso, pero que obtiene remuneraciones mínimas (Sassen 1991, 1988), se refleja en el medioambiente artificial. Centros de la ciudad, altos y brillantes, donde los espacios para oficinas de empresas y apartamentos de lujo se combinan con islas exclusivas, con conjuntos cerrados de residencias de lujo, por un lado, y con los barrios marginales construidos por sus propios moradores, carentes de infraestructuras, por otro. Como expresa Castells (Borja y Castells 1997, 44): «La ciudad global y la ciudad de la información son también la ciudad dual.» A primera vista, la visión de Castell de la ciudad global no deja espacio para la agencia por cuenta de proyectos de habitabilidad urbana, especialmente en los entornos del Tercer Mundo. Las réplicas en el Tercer Mundo de la ciudad de Los Angeles descrita por Mike David, que extreman todavía más la cualidad distópica aterradora del original, nos las podemos imaginar fácilmente, pero es difícil encontrar un espacio económico y político en el que contemplar variaciones de la Santa Bárbara de Molotch. No obstante, si observamos más de cerca, la sociedad en red es más plástica en su potencial de lo que parece a primera vista.

La colaboración en 1997 de Castells con Jordi Borja, escrita tras completar la trilogía *Information Age*, se dedica a imaginar «cómo convertir las ciudades, sus ciudadanos y sus Gobiernos en los actores de esta nueva historia» (Castells y Borja 1997, 6) y proporciona una gran riqueza de ideas para la construcción y la mejora de las capacidades locales. Otros analistas de las ciudades mundiales reconocen también las limitaciones estructurales, sin renunciar por ello a las posibilidades de agencia. Mike Douglass (1998a), por ejemplo, tras relatar las consecuencias perversas de los esfuerzos de las ciudades asiáticas por asegurarse un lugar favorable dentro de la jerarquía de las «ciudades mundiales», defiende a pesar de ello que en Asia

... con «el descubrimiento de la sociedad civil,» asociada con el ascenso de la clase media urbana, el trabajo organizado, las organizaciones voluntarias y la acción política desarrollada en todas las esferas de la sociedad... el rango de posibilidades para la movilización social y la ampliación de los espacios democráticos que creen caminos de desarrollo alternativo, es más grande que lo que reconocen la teoría económica dominante o las teorías aceptadas sobre el sistema-mundo (1998a, 109)*.

* Está refiriéndose a la teoría del sistema-mundo del sociólogo Immanuel Wallerstein, desarrollada en su obra en tres volúmenes *The Modern World-System*, en la que explica y crítica la naturaleza desigual del capitalismo global, que coloca necesariamente a ciertos países en el centro y a otros en la semiperiferia y la periferia como requisito para el funcionamiento del capitalismo mundial (existe cierta movilidad a lo largo de la historia entre esos niveles, pero limitada). (N. del T.)

La lógica de primer orden de la economía política global es poderosa y atractiva. Impone una versión globalizada inexorable de una máquina para la producción, que devora la agencia y hace que desaparezca el potencial para la existencia de múltiples caminos del desarrollo. Sin embargo, al mirar más de cerca la evolución de las ciudades estadounidenses, Molotch pudo centrarse en la lógica de segundo orden de las diferencias locales, y una observación más cuidadosa de las ciudades del Tercer Mundo nos sugiere que todavía son posibles múltiples caminos.

A pesar de estar sujetas a una lógica global común, las ciudades del Tercer Mundo continúan variando sustancialmente en términos de habitabilidad urbana. Singapur y Bangkok pueden aspirar las dos al estatus de ciudades mundiales, pero son enormemente diferentes en términos de la provisión de bienes colectivos. Incluso dentro de un mismo contexto nacional, hay una variación importante. En Brasil, por ejemplo, las ciudades de Porto Alegre, Curitiba y Belo Horizonte han enfrentado todas, de maneras muy distintas, pero igual de imaginativas, el problema de la habitabilidad urbana, mientras que otras ciudades brasileñas, frente a la misma lógica global, siguen siendo incapaces de ofrecer servicios o de proteger los parches restantes de espacios verdes urbanos¹⁸. La globalización no ha extinguido la capacidad de las lógicas políticas locales de representar una diferencia para los habitantes de las ciudades.

Aunque sería estúpido no valorar suficientemente el grado en el que el porvenir de las ciudades está constreñido por la lógica de la economía política global, es demasiado pronto para descartar por utópica la posibilidad de que existan caminos que conduzcan hacia una mayor habitabilidad urbana. La posibilidad de «máquinas verdes para el crecimiento», o hasta de «máquinas para la habitabilidad urbana», no se puede descartar, ni siquiera en el Tercer Mundo.

AGENTES DE LA HABITABILIDAD URBANA

Admitir la posibilidad teórica de la agencia alternativa es una cosa. Construir una imagen clara de quién pueda ejercer esa agencia y cómo, es más complicado. ¿Quiénes son los agentes políticos potenciales de la habitabilidad urbana? ¿La «sociedad civil» es la respuesta? ¿Se podrían incluir las empresas «modernas ecológicamente»?

¿Pueden las ONG o las comunidades locales proporcionar el impulso político necesario? ¿O tenemos que mirar hacia las instituciones políticas tradicionales, como los partidos políticos? El elenco de personajes y sus papeles no son, en absoluto, obvios.

¹⁸ Cfr. Figueiredo y Lamounier (1996).

El primer candidato, la sociedad civil, se convirtió, como la cita de Douglass que transcribimos anteriormente nos señala, en una fuente importante de esperanza política en la década final del siglo XX no sólo en los países en los que ha reaparecido la «sociedad civil», sino en todo el mundo. Cuando terminar con el gobierno opresivo de una elite estatal que se autoperpetúa es el principal objetivo de una agenda política, entonces todo el mundo, excepto las elites estatales, comparten un interés común y tiene sentido hablar de la «sociedad civil» como un actor coherente. Infortunadamente, si la búsqueda por la habitabilidad urbana es el fin primario, la «sociedad civil» pierde su coherencia política. La sociedad civil amontona en un mismo sitio a los plutócratas y a los pobres. Cuando la justicia social y las cuestiones sobre distribución de la riqueza están en juego, como lo están en las luchas políticas por conseguir un medio de vida, nombrar a la «sociedad civil» como actor político relevante barniza con un mismo tinte los intereses enfrentados que separan las elites privadas de los ciudadanos ordinarios.

Las empresas son el siguiente candidato. En el mundo contemporáneo orientado por el mercado, las empresas son agentes indiscutiblemente poderosos, pero el problema con las empresas ya ha sido presentado con claridad en la discusión previa sobre los mercados. Que las sociedades anónimas puedan transformarse en agentes para la habitabilidad urbana depende de que los mercados en los cuales operan puedan redefinirse para que proporcionen los incentivos y las restricciones necesarios. Sólo si podemos identificar otros agentes con la capacidad política de reconstruir las reglas del mercado en formas que hagan la habitabilidad urbana atractiva para los administradores de las empresas, que se orientan por la búsqueda de beneficios, conseguiremos que las empresas se conviertan en agentes interesantes para dicha habitabilidad.

Las comunidades locales, las organizaciones intermedias –como las ONG y los partidos políticos– y, finalmente, aunque no menos importante, el variado repertorio de organizaciones que constituye el Estado son todos ellos candidatos más prometedores. Estas tres categorías tienen también sus problemas, pero en combinación proporcionan un buen inicio para construir una visión de los agentes de la habitabilidad urbana.

Las comunidades contra la máquina para el crecimiento

Al observar las comunidades centramos nuestra atención en la política de la acción colectiva entre núcleos familiares con conexiones mutuas. Las comunidades construyen sus identidades sobre la base de la geografía, la historia y la adversidad compartida. Sus miembros comparten oportunidades de vida. Son vulnerables a la degradación de los lugares a los que están unidas. El hablar de «comunidades» nos permite conectar las luchas por los

medios de vida de los ciudadanos comunes con las cuestiones de sostenibilidad, conservando, sin embargo, la perspectiva crítica de que no son simplemente luchas individuales, sino que tienen siempre un elemento de contestación colectiva.

A pesar de lo sugerente que pueda ser pensar las comunidades como agentes alternativos, la idea de que vecindades compuestas por núcleos familiares urbanos, excluidos de los privilegios, puedan convertirse en agentes de la habitabilidad urbana es audaz. La visión romántica de que las «comunidades» automáticamente producen homogeneidad y unidad de propósito es engañosa, aun en los entornos rurales tradicionales. Las comunidades urbanas contienen una variedad todavía más extraordinaria de intereses, identidades y posiciones políticas que las rurales¹⁹. Las comunidades también carecen de poder. Si actúan solas, la capacidad de reconfigurar el entorno urbano más general escapa a sus posibilidades.

El trabajo clásico de Castells (1983) sobre el papel político de las comunidades urbanas plasma la ambivalencia con la cual los analistas urbanos ven a las comunidades pobres. Comenzando a partir de la premisa de que «la movilización de base ha sido un factor crucial en la formación de la ciudad, y también un elemento decisivo de la innovación urbana contra los intereses sociales dominantes» (p. 318), Castells, sin embargo, termina realizando una valoración pesimista de la capacidad de las comunidades locales para actuar como agentes del cambio social estructural. Para Castells, el poder de los movimientos locales se encuentra recortado porque:

Para que cualquier actor histórico pueda manejar satisfactoriamente la producción y el suministro de bienes y servicios públicos, tiene que ser capaz de reorganizar la relación entre producción, consumo y circulación. Y esta tarea se encuentra fuera del alcance de cualquier comunidad local en una economía tecnológicamente compleja que se organiza crecientemente a escala mundial (1983, 329).

Si sólo la acción autónoma puede conseguir reflejar los intereses locales, entonces las comunidades son relegadas a un papel limitado como agente, sea de la habitabilidad o de cualquier otro proyecto. Ser fieles a la idea de que las comunidades pueden ser importantes exige mantener abierta la posibilidad de que vínculos con grupos no locales puedan reforzar los intereses de las comunidades locales en lugar de mutilarlos.

La centralidad política de las comunidades ordinarias es evidente cuando la mejora de la habitabilidad urbana depende del suministro de bienes colectivos. El transporte público, el agua y el alcantarillado se deben sumi-

¹⁹ Cfr. Watts (1999, 10-11)

nistrar localmente. Sin una acción colectiva basada en lo local habrá siempre escasez de suministro. Las elites pueden permitirse alternativas privadas a los bienes colectivos. Las residencias cerradas con aire acondicionado son un sustituto de las campañas públicas para detener la contaminación. Las residencias de fin de semana reemplazan los parques urbanos. Las comunidades pobres carecen de esas alternativas y deben luchar por obtener bienes colectivos.

Las comunidades pobres también son más susceptibles de encontrarse en la primera línea del frente de batalla cuando aparecen los «males colectivos». Como nos han mostrado los estudios sobre «racismo medioambiental» e «(in)justicia medioambiental», las comunidades pobres soportan la carga de las clases más tóxicas de polución²⁰: o los lugares donde viven se convierten en un vertedero, o el mercado los empuja hacia lugares que ya son vertederos²¹.

La cercanía de la comunidad pobre con la necesidad de enfrentar las cuestiones medioambientales contrasta con las cuestiones difusas y distantes como el «calentamiento global» o la pérdida de la capa de ozono. Buttel (1998, 7) puede que tenga razón cuando defiende que «para la mayoría de los ciudadanos ideas como el cambio o el calentamiento medioambientales globales son en gran medida irrelevantes frente a sus preocupaciones inmediatas». Pero para las comunidades pobres que defienden sus espacios locales, las cuestiones medioambientales no podrían ser más inmediatas²²; tales asuntos le dan a éstas un compromiso natural, no sólo con las cuestiones sobre sus medios de vida, sino también con las de sostenibilidad²³.

Como señala Harvey (1997, 25), los incrementos del «particularismo militante» a menudo nos proporcionan el fundamento para la movilización social general. Al intentar solucionar los problemas medioambientales en sus propios espacios locales, los pobres pueden convertirse en agentes de intereses más universales. Las comunidades pobres que piden apremiantemente que se extienda a sus vecindarios el sistema de alcantarillado están también reduciendo la probabilidad de que el conjunto de habitantes de la ciudad contraiga el cólera²⁴. Las luchas exitosas contra los residuos tóxicos elevan el costo de la contaminación industrial y empujan a

²⁰ Cfr. Szasz (1994).

²¹ Como expresan Logan y Molotch (1987, 95): «Aquellos que no pueden adquirir ocio en el mercado son los que más pierden de la falta de disponibilidad de esos recursos. De manera más concreta, puesto que los pobres son aquellos que tienen mayores posibilidades de vivir y trabajar en lugares muy cercanos a las fuentes de contaminación, son los pobres los más afectados en comparación con los ricos por el menoscabo medioambiental inducido por el crecimiento». Véase también Harvey (1973).

²² Cfr. Castells (1997, 115, 127).

²³ Para un buen conjunto de casos que desarrollan este tema, véase Friedmann y Rangan (1993).

²⁴ Cfr. Watson (1992; 1995).

la industria hacia prácticas de producción más sostenibles (Szasz 1994). En ambos casos, las luchas de una comunidad particular se ponen simultáneamente al servicio de fines más universales.

Una cosa son los intereses que tienen implicaciones universales y otra distinta la capacidad para hacerlos realidad. Dar un mayor poder a las comunidades pobres es vital (Douglass 1998a, 135; Friedmann 1992; Friedmann y Salguero 1988). Sin embargo, no existe ninguna razón para pensar que las comunidades urbanas pobres gozarán del tipo de normas y redes sociales o del capital social²⁵ que permiten la acción colectiva. Para un conjunto determinado de núcleos familiares construir un sentido de identidad compartida y un propósito común que les permita actuar colectivamente requiere una imaginación extraordinaria y un esfuerzo heroico. Incluso si los miembros de una comunidad consiguen actuar de manera colectiva, la mejora de su propia habitabilidad urbana probablemente requerirá apoyo de las estructuras políticas que les rodean, y su influencia directa, comparada con el resto de la estructura política, es improbable que sea suficiente para permitirles cambiar la manera en la que la ciudad trata los problemas de sus medios de vida y la sostenibilidad.

Por suerte, existen muchos casos registrados de éxitos sorprendentes que impiden descartar la capacidad de las comunidades de tener incidencia en los resultados de las decisiones. Por tomar sólo uno, Susan Eckstein (1990) cuenta el caso de una comunidad marginal de 100.000 personas en Ciudad de México que consiguió atraer la solidaridad interna y las conexiones externas necesarias para poder conseguir nuevas viviendas, manteniendo al mismo tiempo «gran parte de la vida económica y social vibrante de la comunidad intactas» (p. 285). Especificar las condiciones bajo las cuales las comunidades ordinarias pueden darse cuenta de su potencial como actores políticos es un reto crucial, teórica y empíricamente, en cualquier análisis de la habitabilidad urbana.

Existe una complicación adicional en pensar las comunidades como agentes de la habitabilidad urbana. Aunque es cierto que existe una afinidad natural entre los intereses comunitarios y la habitabilidad, no es sostenible la visión romántica que cree que las comunidades son los guías naturales de la política medioambiental y la búsqueda de los medios de vida, y que son automáticamente consistentes con los intereses de la ciudad en su conjunto. Las comunidades tienen un interés natural en preservar el medioambiente en la medida en que incide en sus vidas diarias, y los intereses sobre los medios de vida de una comunidad es probable que tengan mucho en común con los de otras comunidades de posición económica

²⁵ Para una revisión excelente del concepto de capital social y su papel en el desarrollo, véase Woolcock (1997). Para un análisis anterior de las bases de la acción colectiva comunitaria, véase el muy interesante ensayo de Albert Hirschman «Getting Ahead Collectively.»

similar. Sin embargo, las comunidades son, por su naturaleza, específicamente locales y, por tanto, agentes imperfectos para la consecución de los fines de la ciudad en su conjunto²⁶.

Aun cuando se ocupen de sus propias vecindades, las comunidades pueden encontrar que solucionar los problemas sobre sus medios de vida dentro de las restricciones impuestas por la economía política general los obliga a ignorar las cuestiones sobre sostenibilidad. Castells afirma (1997, 132), reforzando la advertencia de Indira Ghandi de que «la pobreza es el mayor contaminante», que «a lo largo del mundo, la pobreza ha demostrado ser, una y otra vez, una causa de degradación medioambiental». Si las opciones son crear un riesgo para la salud al trasladarse a áreas donde el alcantarillado de la comunidad correrá ilegalmente a cielo abierto en suelo público o que los desplacen a lugares donde no tendrán oportunidad de encontrar trabajo, las comunidades pobres sentirán posiblemente que no tienen más opción que luchar por su derecho a contaminar.

Para determinar si las comunidades actúan para impulsar fines universales, o si sus intereses locales los colocan en conflicto con los intereses de la ciudad como un todo, las cuestiones de «dar mayor visibilidad» a los problemas (Fox 1996) o de los «vínculos con otras redes» (Woolcock 1997) son fundamentales. Cuando los intereses de una comunidad por sus medios de vida corren en contravía con los objetivos de la sostenibilidad, poder superar la contradicción requerirá casi con toda seguridad que se involucren instituciones u organizaciones con una visión más amplia y un conocimiento especializado mayor que el que pueden producir las propias comunidades. «Dar una mayor visibilidad» al problema exige ir más allá del análisis basado en las comunidades y acudir a otros tipos de actores.

Intermediarios translocales: las ONG y los partidos políticos

Las comunidades mejor organizadas pueden carecer a menudo de la influencia política necesaria para proteger sus propios intereses, por no hablar de defender una sostenibilidad más universal. Para que las comunidades se conviertan en actores políticos efectivos deben ser capaces de encontrar aliados, bien en otras comunidades en situaciones similares, bien en organizaciones con objetivos que trasciendan lo local. En la terminología de Woolcock (1997, 15), la «integración» (solidaridad interna) debe ir

²⁶ Si el objetivo es ampliar la discusión para dar cabida a las comunidades más prósperas, el margen del conflicto entre los intereses de comunidades concretas crece paralelamente. La concentración de la contaminación en los lugares más pobres puede fácilmente presentarse como una solución desde el punto de vista de los NYMBY (acrónimo de «Not in my back yard», expresión inglesa que significa que lo haga alguien, pero no en el patio de mi casa) de la clase media y, en casos más extremos, la proximidad de comunidades pobres se ve como una amenaza a «la calidad de vida» de los residentes más ricos.

acompañada de «vínculos» (lazos con organizaciones de mayor escala). Las comunidades deben poder «subir de nivel.»

Las ONG, definidas ampliamente, son la fuente más prometedora de recursos ideológicos y de organización translocales necesarios para tener una mayor visibilidad²⁷. Siendo muy probable que las ONG tengan fuertes afinidades con las luchas localizadas por la habitabilidad urbana, también es probable que sean actores en el «espacio de flujos» y en el «espacio de lugares», lo que les da los recursos y el apoyo del que carecen las comunidades. Especialmente cuando la movilización involucra cuestiones de sostenibilidad medioambiental, las ONG formarán muy probablemente parte de redes internacionales que trascenderán las políticas locales (Keck y Sikkink 1998b). El alcance de esas redes permite que las ONG tengan relevancia con su actividad para la articulación de los intereses compartidos de las distintas comunidades, al proyectarlas al interior de un escenario político mayor y crear alianzas entre grupos sociales muy distintos.

La participación potencial de los actores translocales se hace mucho más importante en los casos en los que los medios de vida y la sostenibilidad están en contradicción. Las comunidades en estas circunstancias necesitan nuevas ideas que les permitan reconciliar sus necesidades con los imperativos ecológicos, u obtener un apoyo político más amplio que pueda relajar las restricciones impuestas por la economía política en la cual se ven obligadas a actuar. La reforestación puede ayudar a que las *favelas** construidas en las laderas de las colinas sean ecológicamente menos devastadoras, pero es improbable que las comunidades de las *favelas* tengan el conocimiento experto necesario para emprender semejante proyecto o acceder a los recursos necesarios para ejecutarlo²⁸.

Hacer más visible la reivindicación puede también involucrar organizaciones canalizadoras de los intereses sociales, más tradicionales, como los partidos políticos. A pesar de la nueva visibilidad de las ONG como actores en los escenarios del Tercer Mundo, no se pueden ignorar los partidos políticos. Los estudiosos de los movimientos sociales urbanos sospechan, con

²⁷ El referente para la etiqueta «ONG» se ha convertido en algo tan general como el del término «sociedad civil». Cualquier organización que no es explícitamente parte del Estado se entiende como una ONG. El sentido estricto del término debería restringirse a las organizaciones formales translocales que cuentan con algún personal profesional y capacidad de recaudación de fondos, para distinguirse así de las organizaciones de base comunitaria (OBC) y las organizaciones de los movimientos sociales (OMS). La discusión aquí se refiere a las ONG en el sentido estricto del término, pero en la medida en que las organizaciones de los movimientos sociales se hacen menos dependiente de lugares concretos, más definidas ideológicamente y más complejas organizativamente, pueden tener un papel similar al de las ONG. Cfr. Tarrow (1994).

* Construcciones ilegales, generalmente construidas por sus propios moradores de manera precaria. En portugués en el original. (N. del T.)

²⁸ Cfr. *Mega-Cities* (1996, 12-15).

buenas razones, de las relaciones entre partidos y comunidades²⁹. Los políticos tienen seguramente una tendencia hacia el interés propio, a los programas políticos con una «racionalidad débil», dirigidos a preservar su propio poder y privilegios. Pero ello no obsta para que simpatizantes dentro de la organización de los partidos puedan convertirse también en vehículos de programas políticos menos reducidos, y los partidos siguen siendo una de las pocas formas organizativas disponibles para agregar intereses ciudadanos. El éxito del Partido de los Trabajadores en Brasil en estimular la participación de las vecindades locales en la construcción del desarrollo urbano de la ciudad brasileña de Porto Alegre es un caso excelente para probar lo que decimos (Abers 1996; 1997; Santos 1997; Baiocchi 2000). Las organizaciones partidistas pueden a veces no ser recursos en sí mismas, pero los líderes comunitarios pueden encontrar que tener lazos con los partidos proporciona protección contra las elites locales, permitiendo a las comunidades invocar aliados situados en niveles más altos. Si la mejora de los entornos de los barrios y de los modos de vida depende de la reformulación de reglas y leyes, o de la disponibilidad segura de algunos recursos públicos, las redes y las relaciones sociales que se articulan a través de los partidos seguirán siendo un ingrediente probable en las reivindicaciones comunitarias exitosas.

Cualquier organización cuyo alcance sobrepase los confines de la propia comunidad puede correr el riesgo de desviar la energía de esa comunidad hacia un programa de acción externo más ambicioso, que ni resuelva los problemas en torno a sus modos de vida, ni contribuya a la sostenibilidad. Ello se aplica a las ONG y a los partidos indistintamente, pero no cambia el hecho de que sin aliados transnacionales las comunidades no pueden siquiera conseguir sus fines más inmediatos, por no decir nada de reconciliar esos fines con la sostenibilidad ecológica. Las comunidades necesitan aliados, aun cuando esos aliados tengan programas propios potencialmente problemáticos. Entre esos aliados potenciales el más problemático, pero también el más interesante, es el Estado.

Las múltiples funciones contradictorias del Estado

Los problemas de habitabilidad urbana son problemas colectivos que no pueden resolverse mediante la agregación «natural» de hábiles acciones individuales. Requieren elaborar normas, reconstruir mercados, proporcionar bienes públicos y restringir la producción de «males públicos». En resumen, hay problemas cuya solución requiere la acción de las autoridades y organismos públicos. La carencia actual de instituciones públicas con

²⁹ Castells (1983, 322), por ejemplo, defiende que si bien los movimientos sociales urbanos deben estar conectados con la sociedad a través de los partidos políticos, la «condición sine qua non» de su éxito es que «deben ser organizativa e ideológicamente autónomos con respecto a cualquier partido político». Véase Perlman (1976).

la capacidad y motivación para enfrentar efectivamente las dificultades de la habitabilidad urbana es una de las razones principales de la degradación de las ciudades.

No hay que negar que las estructuras estatales a nivel nacional han sido parte del problema tan a menudo como lo han sido de la solución. Por definición, los Estados «depredadores» extraen sus recursos de la sociedad, sin proporcionar bienes colectivos a cambio, y por ello son enemigos de la habitabilidad urbana (Evans 1995). Tampoco los «Estados desarrollistas», que pueden defender plausiblemente que han tenido una actividad fundamental para producir un crecimiento económico acelerado, son aliados honrados en la lucha por la habitabilidad urbana. Precisamente, los vínculos y las capacidades sociales que permiten que los Estados desarrollistas contribuyan al proceso de acumulación es probable que les aislen también de las comunidades pobres y de los problemas acerca de los medios de vida. Los teóricos de la ciudad como máquina para el crecimiento presentan exactamente el mismo argumento sobre las administraciones de las ciudades. Las conexiones y orientaciones que hacen que los administradores de las ciudades sean exitosos en promover el crecimiento les predisponen contra los proyectos de habitabilidad urbana, que son casi por necesidad redistributivos.

Si sumamos la necesidad de un papel activo del Estado en cualquier proyecto razonable de habitabilidad urbana al prejuicio «a favor de la acumulación» de los Estados, surge una imagen pesimista sobre la posibilidad de cambiar la trayectoria de las ciudades del Tercer Mundo hacia una mayor habitabilidad urbana. Para escapar de ese pesimismo se requiere ir más allá de una visión genérica y monolítica del Estado.

Reificar «el Estado» como una entidad monolítica es tan peligroso como reificar la «sociedad civil». Los Estados, mucho más que las ONG, los movimientos sociales y los partidos políticos inclusive, son criaturas contradictorias y complicadas. La coordinación legítimamente autoritaria, que es fundamental para la naturaleza genérica del Estado, impone algunas uniformidades, pero la panoplia de organismos públicos que componen las instituciones públicas de gobierno sigue siendo heterogénea en su orientación y, a menudo, persiguen finalidades contradictorias. El conflicto y la contradicción compiten con la cohesión y la consistencia dentro los organismos administrativos, y también ocurre lo mismo en las relaciones entre ellos. La competencia de las autoridades públicas puede ser local o supralocal. La autoridad se parcela entre las administraciones municipales, estatales y nacionales de maneras complejas y sobrepuestas. En cualquier división de competencias, y a menudo en el interior de ellas, los organismos se dividen por sector y función, y tienen responsabilidades e intereses competidores. El papel del Estado es realmente una variedad de papeles, interpretados a

menudo de maneras contradictorias.

Desde la perspectiva administrativista tradicional, el carácter fragmentario del Estado es un impedimento para resolver los problemas de la habitabilidad urbana. Las estrategias ideales para gestionar los medios de vida y el medioambiente tendrían el mismo carácter integrado e interrelacionado que tienen los sistemas ecológicos. Los Estados fragmentados es improbable que puedan ser capaces de construir y poner en práctica esas estrategias. Sin embargo, el hecho de que los Estados no sean monolíticos también es una ventaja. Significa que las comunidades, los movimientos sociales y las ONG que trabajan con ellos no tienen necesariamente que «capturar el Estado» para poder obtener respuestas favorables de las instituciones públicas. Puede bastar crear alianzas con las partes específicamente relevantes del mismo.

Si la organización del Estado, en conjunto, tiene programas políticos propios destinados a satisfacer sus propios intereses y las pretensiones de los actores con un poder de mercado excepcional, todavía puede capturarse parte de la capacidad organizativa pública por alianzas de comunidades y ONG, o por grupos particulares de funcionarios estatales con la idea de que sus competencias se dediquen a algo más que a servir a las máquinas para el crecimiento. Aquellos responsables de circunscripciones particulares es probable que se preocupen de los medios de vida de sus votantes (en especial cuando su legitimidad requiere ser validada electoralmente). Determinados organismos del Estado, que tienen asignada la responsabilidad del medioambiente o de problemas que afectan los medios de vida, tienen un interés creado colectivo en la solución de esos problemas. Les puede faltar la capacidad para resolverlos, pero son, de todas formas, aliados potenciales desde el punto de vista de las comunidades que se movilizan en defensa de sus intereses locales. Esas comunidades pueden influenciar procesos concretos de deliberación y de adopción de decisiones en determinados organismos administrativos, aun si el Estado en su conjunto tiene un programa político distinto.

Crear ocasiones para que se produzca la «sinergia entre Estado y sociedad», gracias a la cual los organismos administrativos públicos comprometidos y las comunidades que se movilizan puedan mejorar mutuamente su capacidad de suministrar bienes colectivos, no es fácil, pero puede ocurrir³⁰.

Algunos de los mejores ejemplos se dan en el suministro de bienes colectivos a las comunidades urbanas pobres. Elinor Ostrom (1997) usa el

³⁰ Para algunos casos que ilustran las posibilidades de la «sinergia entre Estado y sociedad», véase Evans (1997a). Para una perspectiva complementaria, véase Migdal et al. (1994).

ejemplo del «alcantarillado para propiedades horizontales». Un grupo creativo de ingenieros que trabajaban en organismos de sanidad pública brasileños se dieron cuenta de que carecían de los recursos fiscales y de la mano de obra necesaria para construir el alcantarillado en las barriadas pobres. Mediante la provisión de materiales y, aún más importante, de apoyo técnico y organizativo, pero confiando en las comunidades locales para realizar el trabajo, fueron capaces de «coproducir» un bien colectivo esencial que no se hubiera podido suministrar de otra manera.

Para que este tipo de interacción entre Estado y comunidad ocurra deben existir organismos administrativos estatales competentes y fuertes que estén orientados hacia la provisión de bienes colectivos. Las comunidades deben también ser capaces de relacionarse de manera productiva con estas agencias, colectiva y políticamente, y no sólo como simples clientes individuales. La relación no excluye el conflicto. En muchos casos, el conflicto puede ser un estímulo importante para la sinergia.

La clave es la combinación de la «complementariedad» con la «inclusividad». Los actores estatales y las comunidades deben reconocer ambos que cada uno tiene recursos y capacidades de las que el otro carece; capacidad y recursos que pueden ser complementarios. Cuando se combina con la «inclusividad», bajo la forma de redes de vínculos que atraviesan la «gran división entre lo público y lo privado», y proporcionan vínculos sociales positivos y concretos entre actores dentro del Estado y los activistas que trabajan en las comunidades, la sinergia resultante puede suministrar un conjunto de bienes colectivos que sería imposible de proporcionar de otra forma.

Aunque la mayoría de las autoridades públicas funcionasen como engranajes de máquinas para el crecimiento, locales o estatales, de todas maneras la interacción entre Estados y comunidades seguiría ocurriendo en una variedad sorprendente de formas. Buscar las posibilidades de sinergias entre Estado y sociedad entre esa variedad, explotarlas e, idealmente, identificar formas de replicarlas, es una parte esencial de cualquier estrategia para la habitabilidad urbana. Esos vínculos entre lo público y lo privado deberían verse como parte de una «ecología de los actores» que podría, como colectividad, ser capaz de impulsar a la ciudad en la dirección de una mayor habitabilidad urbana.

LOS AGENTES DE LA HABITABILIDAD URBANA COMO UNA ECOLOGÍA DE LOS ACTORES

Centrarse en un tipo particular de agentes o actores es erróneo, analítica y empíricamente. No hay un tipo ideal de agente social cuando el fin es la habitabilidad urbana. No hay un proletariado heroico aquí, que lleve en su seno un plano que le permita construir una mejor sociedad y que se

sienta obligado a hacer lo que sea necesario para llevar ese plano a la realidad³¹. Individualmente, cada uno de los agentes potenciales para la habitabilidad urbana que se han considerado hasta ahora tiene defectos.

Ni la autoridad pública del Estado, ni las redes organizativas y la ideología de las ONG, ni la energía política y la determinación de las propias comunidades garantizan poder dirigir las ciudades del Tercer Mundo por caminos de una mayor habitabilidad urbana. Las comunidades normales carecen del capital social y de la capacidad organizativa que les permitan conseguir sus objetivos acerca de los medios que necesitan y que nacen claramente de su experiencia inmediata de vida. Más grave incluso es que sus estrategias para conseguir los medios de vida que desean están restringidas por la matriz de la economía política en la cual se encuentran inmersas, lo que las hace en ocasiones enemigas de la sostenibilidad medioambiental. Los Estados pueden convertirse en lacayos de las estrategias de acumulación que degradan y amenazan determinados modos de vida, pero también con la misma probabilidad pueden proveer normas y bienes colectivos que proporcionen soluciones a los problemas de habitabilidad. Las ONG y las organizaciones representantes de los intereses ciudadanos son sólo efectivas en el mismo grado en que lo sean las comunidades y los organismos públicos con los que trabajan, y en ocasiones introducen fines ajenos en los programas de acción de esas ONG y organizaciones.

En tanto tengamos esta variedad de actores decepcionantemente imperfectos –comunidades, ONG y organismos públicos locales–, que actúan guiados por objetivos enfrentados, la búsqueda de la habitabilidad urbana se ve condenada. Aunque cada clase de actores operase en un aislamiento espléndido, sin perjudicar a los demás, las perspectivas de éxito serían pequeñas. Sólo es probable el éxito cuando operan en sinergia, reforzándose mutuamente sus cualidades positivas, y compensándose entre sí las debilidades. La cuestión es, por tanto, cómo pueden construirse las estrategias y los programas de acción de manera que las fortalezas y debilidades de las instituciones públicas, de las ONG y de las comunidades organizadas, que son tan diversas, puedan complementarse y reforzarse mutuamente. Los agentes para la habitabilidad urbana necesitan reconceptualizarse como un conjunto interconectado e interdependiente de actores complementarios, es decir, como una «ecología de los agentes».

La capacidad de un conjunto interconectado e interdependiente de agentes políticos para cambiar las trayectorias de las ciudades del Tercer Mun-

³¹ Igualmente, debería señalarse que los agentes potenciales de la habitabilidad urbana no enfrentan el mismo tipo de enemigos implacables que la teoría marxista obliga a confrontar al proletariado heroico. Hasta las empresas que constituyen el núcleo corporativo de la máquina del crecimiento pueden ser inducidas a participar en direcciones del desarrollo más favorables para la habitabilidad urbana, siempre y cuando los mercados que modelan su intereses se construyan teniendo en mente esa habitabilidad. En consecuencia, no existe ninguna lógica ineludible que obligue a los Estados a servir como auxiliares de la explotación degradante.

do hacia direcciones que conduzcan a una mayor habitabilidad urbana podría muy bien ir más allá de la suma de lo que se conseguiría si el potencial político de los actores individuales se agregase en una suma simple. Pensar en términos de una ecología de los agentes es la mejor forma de escaparnos, por nuestros propios medios, de la convicción paralizante de que la economía global contemporánea no deja lugar para la agencia al servicio de la habitabilidad urbana y de los medios de vida.

El concepto de una «ecología de agentes» profundiza la idea de la sinergia entre Estado y sociedad, y la idea de «vínculos», tal y como la usan los teóricos del capital social como Woolcock (1997). Sin embargo, no se debe sobreinterpretar el término. La existencia de una «ecología de los agentes» no implica, siguiendo algún tipo de aproximación funcionalista panglossiana*, que la interconexión y la interdependencia sean por sí mismas suficientes para mejorar la habitabilidad urbana. También las máquinas del crecimiento son ecologías de actores. Necesita abandonarse además cualquier connotación de que el sistema es inherentemente homeostático, autocompensado o se encuentra en algún tipo de equilibrio natural.

La «ecología» debería comprenderse en un sentido minimalista, como referida a un conjunto de actores cuyas perspectivas y capacidades no pueden evaluarse sin tomar en cuenta los fines, las estrategias y las capacidad del resto de actores con los cuales comparten un espacio común de actuación. Prestar atención a un conjunto determinado de actores es útil, no sólo porque las interconexiones sean la solución en sí mismas, sino porque nos permite distinguir los patrones de interconexión que mejoran la habitabilidad urbana de aquellos patrones de interacción que la empeoran.

Una comprensión adecuada de la habitabilidad urbana debe comenzar con el análisis de las variaciones entre las distintas ecologías de los agentes en entornos urbanos diferentes, siempre mirando las posibilidades de sinergia, pero también receptivos a las posibilidades de interacciones de suma cero.

UNA COMPILACIÓN VALIOSA DE ECOLOGÍAS POLÍTICAS URBANAS

Si la mejor manera de construir una visión de la habitabilidad urbana es comprender las variaciones en la manera de funcionamiento de las distintas ecologías de los actores políticos locales, los seis estudios de caso que se recogen en el libro *Livable Cities? The Politics of Urban Livelihood and Sustainability* (*¿Ciudades habitables? La política de la habitabilidad y la sostenibilidad urbanas*; Evans 2002) constituyen unos cimientos ideales.

* Véase nota del traductor p. 224.

Todos ellos comienzan con el reconocimiento de las fuertes limitaciones que la lógica de la acumulación (local y global) impone a las posibilidades de habitabilidad en las ciudades que describen. Al mismo tiempo, exploran las posibilidades de una agencia alternativa. En cada uno de esos estudios de caso se examina de cerca el papel de las comunidades pobres, no como actores aislados, sino en relación con las ONG, los movimientos sociales y los órganos gubernamentales locales. Se analiza también cuidadosamente una variedad de actividades potenciales reales que puede llevar a cabo el Estado y un abanico igual de amplio de posibilidades negativas. En cada caso se destaca el aspecto ecológico de las luchas políticas urbanas. En pocas palabras, estos estudios proporcionan exactamente el tipo de fundamentos que son necesarios si se quiere avanzar inductivamente hacia una mejor comprensión general de la dinámica de la habitabilidad urbana.

Los casos son también adecuados porque se presentan contra el trasfondo de las «transiciones gemelas» hacia las economías de mercado y la elecciones políticas regulares. Todos los países estudiados se han movido en la dirección de una competitividad electoral mayor y de una confianza más grande en los mercados durante los periodos de tiempo en que se examinan los casos. Ello nos da una oportunidad de evaluar hasta qué punto influyen esas transiciones en la búsqueda de la habitabilidad urbana en los distintos entornos.

La contribución teórica colectiva de estos estudios se magnifica todavía más por el hecho de que reflejan un panorama amplísimo de áreas urbanas en países transicionales y en vías de desarrollo. Nos hablan de experiencias en ocho áreas urbanas principales que se encuentran en tres regiones muy diferentes del mundo. Los primeros tres estudios proceden del Este y el Sudeste de Asia, en donde el rápido crecimiento económico ha impulsado la urbanización y amenazado la sostenibilidad. Una comparación entre Bangkok y Seúl, los casos de Hanói y la Ciudad de Ho Chi Minh, y un estudio de Taipéi nos proporcionan una imagen vívida de la variedad de retos que enfrentan los agentes de la habitabilidad urbana en Asia. De Asia, el objeto de estudio cambia hacia los problemas medioambientales de la transición en Europa del Este, como nos permite ver la relación de Budapest con las comunidades rurales limítrofes. Dos estudios de las dos megápolis mayores de Latinoamérica, São Paulo y Ciudad de México, completan el panorama.

Cada uno de los estudios es diferente, no sólo por las especificidades del entorno en que se sitúa cada caso, sino también por el tipo de atención particular que prestan al mismo. Algunos autores se concentran en la contaminación industrial, otros en la inadecuación de las infraestructuras urbanas básicas, otros en los dilemas de comunidades pobres específicas y aun otros en un grupo de vecindades distintas. Cada autor usa también su

propio enfoque conceptual distintivo para subrayar las lecciones analíticas de sus casos.

Michael Douglass (2002), junto con Orathai Ard-Am y Ik Ki Kim, usa las experiencias de dos comunidades marginales, la de Wolgoksa en Seúl y la de Wat Chonglom en Bangkok, y las compara para mostrar cómo la capacidad de las comunidades para contribuir a la habitabilidad urbana depende tanto de las microrrelaciones en el nivel de las unidades familiares como de las conexiones externas con las organizaciones intermediarias y el Estado. El comparar las comunidades de entornos como Tailandia y Corea es un ejercicio especialmente valioso, porque nos muestra cómo los problemas para conseguir una sinergia entre Estado y sociedad dependen de la posición básica que adopten los Estados involucrados.

Hasta que la democratización amplió algo el espacio político a finales de los años ochenta, el vecindario de Seoul de Wolgoksa-dong había peleado por su supervivencia contra un Estado represivo y hostil. El Estado coreano, mucho más efectivo que el tailandés para suministrar infraestructuras e incluso instalaciones de ocio a las comunidades marginales, sofocaba al mismo tiempo las posibilidades de organización comunitaria local. Wat Chonglom no consiguió nada de la administración de Bangkok hasta que hubo demostrado sobradamente su capacidad para transformar su propio hábitat, convirtiéndose así en un modelo local de habitabilidad urbana. A pesar de admirar el éxito de Wat Chonglom, Douglass nos advierte fuertemente contra la conclusión de que una desatención benigna de las comunidades pobres conduzca hacia la habitabilidad urbana. No sólo fueron vitales las conexiones externas en los logros de Wat Chonglom, sino que esta comunidad tenía recursos internos de los que otras comunidades pobres carecían. Comenzando por el inusual nivel de unidades familiares con divisiones internas estables y complejas del trabajo, y siguiendo por la discusión sobre la estabilidad y longevidad de los residentes que formaban la comunidad, Douglass destaca los recursos propios, excepcionales, de «capital social» que colocaron a Wat Chonglom en ventaja frente a otras comunidades igual de pobres. La comparación deja claro cuán importante es observar la interacción de actores a diferentes niveles, en lugar de simplemente mirar a las propias comunidades.

En su estudio de Taipéi, Hsin-Huang Michael Hsiao y Haw-Jen Liu (2002) amplían su objeto de estudio y, además de las comunidades pobres, observan un conjunto de comunidades en circunstancias diferentes, con intereses diversos y a veces conflictivos entre sí. Señalan que en Taipéi, las luchas de las comunidades de la clase media por mejorar su calidad de vida ocurren a veces a expensas de las comunidades pobres y marginadas. Sin embargo, el activismo de las comunidades de clase media es esencial para asegurar que la política de Estado no refleje los fines estrechos, contrarios

a la habitabilidad, de la máquina para el crecimiento que promueve la alianza entre el partido dominante (KMT), los industrialistas y los promotores inmobiliarios. Como en Corea, la democratización ayudó. El apoyo que consigue la comunidad para fines sostenibles se obtiene a través de la aparición de las administraciones locales —en el caso estudiado, controladas por el Partido Democrático Progresivo (PDP)—, que perciben que su capacidad de sobrevivir frente al poderoso partido nacional, establecido largo tiempo atrás (el KMT), depende del apoyo de las comunidades locales que se movilizan en torno a las cuestiones de la habitabilidad. Esta vez la interacción entre el activismo comunitario y la competencia partidista es la que produce el progreso hacia una mayor habitabilidad.

Como Taiwán, Corea y Tailandia, Vietnam ha experimentado un rápido crecimiento, pero en el contexto político de una transición simultánea del socialismo de Estado a una economía orientada hacia el mercado. En el último caso asiático, el análisis de Dara O'Rourke (2002) de las batallas comunitarias contra la contaminación industrial en Vietnam muestra una variación en torno a la política medioambiental, en la cual la política electoral tiene un papel mínimo, pero las tradiciones locales de protesta y movilización son poderosas. El modelo de O'Rourke de la «legislación inducida por la comunidad» desarrolla la idea de la sinergia entre Estado y sociedad de una manera especialmente útil. A pesar del carácter único del caso, el modelo es potencialmente aplicable a un conjunto amplio de otros contextos nacionales.

O'Rourke disecciona cuidadosamente las características que permiten que las comunidades sean más efectivas como agentes para la habitabilidad urbana. Aun así, deja claro que el éxito de la comunidad depende también de la capacidad de captar aliados dentro de la organización estatal, y que esa habilidad depende, a su vez, de contar con otros aliados de fuera de la localidad, como medios de comunicación simpatizantes u ONG internacionales inclusive. Comprometer al Estado con la habitabilidad urbana depende de la movilización de las comunidades afectadas, pero el éxito de la comunidad depende de poder encontrar partes de la organización estatal que gocen de la capacidad (y la voluntad) de unirse a las propias comunidades en apoyo de la sostenibilidad.

Como en Vietnam, la política medioambiental en Hungría se encuentra modelada por la transición a una economía orientada hacia el mercado. El artículo de Zsuzsa Gille (2002) sobre la política pública para los desechos tóxicos nos da una imagen muy distinta de la contaminación industrial durante la transición a una economía de mercado. Añade una nueva dimensión al tema de la sostenibilidad. El caso descrito por Gille ejemplifica el peligro de que la ciudad pueda asegurar su sostenibilidad a expensas de las localidades vecinas. En concreto, Gille describe el destino de la pequeña

ciudad de Garé, que fue relegada a una condición de «vertedero» por la Industria Química de Budapest, cuando ese gigante industrial (con la complicidad de los funcionarios estatales) convirtió a Garé en un recipiente de los desechos tóxicos, que eran inseparables de una estrategia económica de la empresa exitosa internacionalmente. Sin absolver en ningún caso al aparato del Estado socialista de sus fracasos medioambientales, Gille deja claro que mientras que el Estado socialista, opresor y autoritario, tenía la culpa por haber creado los problemas de Garé, el posterior Estado no socialista le robó a la comunidad el apoyo institucional necesario para resolver sus problemas.

Pasando a la situación de la mayor aglomeración urbana de Latinoamérica, São Paulo, en Brasil, Margaret Keck (2002) nos proporciona un cauto y, al mismo tiempo, curiosamente optimista, relato de la incapacidad de esta metrópolis industrial moderna de proteger su suministro de agua. Nos muestra cómo la preocupación del Estado por el crecimiento industrial distorsionó las bases sobre las que se había construido la política del agua. El Estado claramente es parte del problema, pero no hay ningún cuento romántico en el que la situación al final se salva gracias al heroísmo de las comunidades pobres. Privadas de formas más sostenibles de satisfacer las necesidades derivadas de sus medios de vida, las comunidades pobres terminan por desplazarse a las áreas protegidas que rodean las reservas acuíferas de la ciudad, amenazando así la calidad del agua de la ciudad en su conjunto. Al mismo tiempo, los tecnócratas progresistas dentro del Gobierno construyen visiones alternativas. Las comunidades afectadas de la clase media usan estas visiones en sus propias campañas para promover la protección de las reservas de agua de la ciudad. Todavía debe conseguirse un conjunto de políticas del agua más sostenible, pero lo que sorprende es la resistencia de las redes de activistas, dentro y fuera del Gobierno, que trabajan para preservar el manto freático de la ciudad y proteger su suministro de agua. Al final de la historia de Keck, la creación de los «Comités de la Cuenca» ofrece nuevas oportunidades para incrementar la participación comunitaria y alejar la política hídrica de los orígenes «acumulacionistas», en beneficio de una mayor sostenibilidad.

El análisis de Keith Pezzoli (2002) de la otra megápolis latinoamericana, Ciudad de México, se centra en la lucha de un conjunto concreto de comunidades para resolver las mismas contradicciones entre sostenibilidad y medios de vida que enfrentan las comunidades pobres de São Paulo. Ayudadas por la imaginación de las ONG locales, el conjunto de «colonias populares» conocidas como «Los Belvederes» imaginaron una idea que reconciliaba sus asentamientos «ilegales» en la reserva ecológica de Ajusco con objetivos de sostenibilidad. El concepto de «colonias ecológicas productivas» demostró ser un fin inalcanzable en la práctica, pero el éxito de la campaña en defensa de las reivindicaciones de Los Belvederes por el suelo

que ocupan proporciona una demostración impresionante de la poderosa legitimidad que puede generarse cuando las comunidades consiguen vincular sus luchas particulares por sus medios de vida con el fin más universalista de la sostenibilidad ecológica.

La narración de Pezzoli sobre la movilización de Bosques de Pedregal, que fue una de las comunidades que lideraron Los Belvederes, nos pone de presente cuáles son las clases de «capital social» que se encuentran detrás de la acción colectiva a nivel comunitario, mientras que también deja claro hasta qué punto el éxito de la comunidad depende de la capacidad de involucrar a los principales organismos estatales. Igualmente, las tendencias políticas generales en las que se encapsulan las luchas comunitarias nos recuerdan los casos asiáticos. De la misma forma que el partido de oposición (el PDP) les dio a las comunidades en Taipéi una nueva fuente de apoyo externo, los esfuerzos de la oposición del PRD por desplazar al PRI en Ciudad de México abrieron el espacio político para los activistas de Los Belvederes.

La extraordinaria diversidad entre casos nos sorprende enormemente cuando vemos que pueden extraerse lecciones comunes de todos ellos. Los temas comunes y las conclusiones paralelas reverberan entre ciudades y entre regiones, dibujando una imagen compleja, pero convincente, de cómo funciona la ecología de los agentes. Considerados en su conjunto, estos estudios apuntan a la posibilidad de construir un marco general para la comprensión de las políticas sobre sostenibilidad y medios de vida que actúan en Asia y Latinoamérica, y tienen también sentido para las sociedades industrializadas, pero transicionales, como Hungría.

Ninguno de estos estudios anima al lector a suprimir los signos de interrogación en el título del libro en el que aparecen, *¿Ciudades habitables?* Son contribuciones analíticas que iluminan la clase de cambios institucionales que serían necesarios para que la habitabilidad urbana se alcanzara efectivamente; no son anuncios comerciales de fórmulas exitosas. No obstante, transmiten un sentido de posibilidad esperanzador. Su visión nos recuerda a la de Albert Hirschman. En una colección de ensayos titulados *A Bias Toward Hope: Essays on development and Latin America* (Un prejuicio a favor de la esperanza), Hirschman (1971, 29) defiende el «posibilismo,» afirmando que:

Al hacer mis propuestas, me niego, por un lado, a ser «realista» y a limitarme yo mismo a cambios estrictamente incrementales. Sin embargo, tampoco se presentan estas propuestas como si fueran tan revolucionarias o utópicas que no tuvieran la oportunidad de adoptarse salvo en presencia de un cambio político total previo. Por el contrario, siento la obligación de presentarlas explicándolas en sus detalles

institucionales concretos, creando así deliberadamente la ilusión óptica de que podrían probablemente adoptarse mañana mismo por hombres de buena voluntad.

Los lectores que quieran entender por qué la degradación es una amenaza presente para las ciudades del Tercer Mundo encontrarán los estudios de caso mencionados valiosos. Los lectores que, como Hirschman, estén poseídos de una «pasión por lo que es posible», los verán como una fuente especialmente útil de ideas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abers, Rebecca (1997). «Inventing Local Democracy: Neighborhood Organizing and Participatory Policy Making in Porto Alegre, Brazil.» Tesis doctoral, Department of Urban Planning, University of California, Los Angeles.
- _____ (1996). «From Ideas to Practice: The Partido dos Trabalhadores and Participatory Governance in Brazil.» *Latin American Perspectives* 23(4), 35-53.
- Baiocchi, Gianpaolo (2000). «Synergizing Civil Society: The Politics of Democratic Decentralization in Porto Alegre, Brazil.» Ponencia preparada para la International Conference on Democratic Decentralization, 24-28 de mayo, Trivandam, Kerala, India.
- Borja, Jordi y Manuel Castells (1997). *Local and Global: Management of Cities in the Information Age*. London: Earthscan Publications.
- Buttel, Fred (1998). «Some Observations on State-Society Synergy and Urban Sustainability.» University of Wisconsin, Madison (manuscrito no publicado).
- _____ (1992). «Environmentalization: Origins, Processes and Implications for Rural Change.» *Rural Sociology* 57(1), 1-27.
- Castells, Manuel (1998). *End of Millennium*. Vol. 3, *The Information Age: Economy, Society, and Culture*. Oxford: Blackwell.
- _____ (1997). *The Power of Identity*. Vol. 2, *The Information Age: Economy, Society, and Culture*. Oxford: Blackwell.
- _____ (1996). *The Rise of the Network Society*. Vol. 1, *The Information Age Economy, Society, and Culture*. Oxford: Blackwell.
- _____ (1989). *The Informational City: Information Technology, Economic Restructuring, and the Urban-Regional Process*. Oxford: Blackwell.
- _____ (1983). *The City and the Grassroots: A Cross-Cultural Theory of Urban Social Movements*. Berkeley: University of California Press.
- _____ (1977). *The Urban Question*. Cambridge: MIT Press.
- Chambers, Robert (1987). «Sustainable Rural Livelihoods: A Strategy for People, Environment, and Development.» Ponencia presentada en la conferencia sobre desarrollo sostenible, *Only One Earth*, 28-30 de abril en el Regents College, London.
- Cohen, Michael (1996). «Habitat II and the Challenge of the Urban Environment: Bringing Together the Two Definitions of Habitat.» *International Social Science Journal* 48(1), 95-101.

- Colby, Michael E. (1991). «Environmental Management in Development: The Evolution of Paradigms.» *Ecological Economics* 3, 193-214.
- Davis, Mike (1998). *Ecology of Fear: Los Angeles and the Imagination of Disaster*. New York: Henry Holt and Co.
- Douglass, Mike, Orathai Ard-Am y Ik Ki Kim (2002). «Urban Poverty and the Environment – Social Capital and State-Community Synergy in Seoul and Bangkok.» En Peter Evans (ed.). *Livable Cities? The Politics of Urban Livelihood and Sustainability*. Berkeley: University of California Press.
- (1998a). «World City Formation on the Asia Pacific Rim: Poverty, ‘Everyday’ forms of Civil Society and Environmental Management.» En Mike Douglass y John Friedmann (eds.) *Cities for Citizens: Planning and the Rise of Civil Society in a Global Age*. Nueva York: John Wiley and Sons.
- _____ (1998b). «East Asian Urbanization-Patterns, Problems, and Prospects.» *Discussion paper, Institute for International Studies, Asia / Pacific Research Center, Stanford University*.
- Eckstein, Susan (1990a). «Poor People vs. the State and Capital: Anatomy of a Successful Community Mobilization for Housing in Mexico City.» *International Journal of Urban and Regional Research* 14(2), 274-96.
- _____ (1990b). «Urbanization Revisited: Inner-City Slum of Hope and Squatter Settlement of Despair.» *World Development* 18(2), 165-181.
- Eden, Sally (1996). *Environmental Issues and Business: Implications of a Changing Agenda*. Chichester, NY: John Wiley and Sons.
- Evans, Peter (ed.) (2002). *Livable Cities? The Politics of Urban Livelihood and Sustainability*. Berkeley: University of California Press.
- _____ (2000). «Fighting Marginalization with Transnational Networks: Counter-Hegemonic Globalization.» *Contemporary Sociology* 29(1), 230-241.
- _____ (1997a). «The Eclipse of the State? Reflections on Stateness in an Era of Globalization.» *World Politics* 50, 62-87.
- _____ (ed.) (1997b). *State-Society Synergy: Government and Social Capital in Development*. Berkeley: University of California, International and Area Studies.
- _____ (1996a). «Development Strategies across the Public-Private Divide.» Introducción a la Sección Especial sobre «Government Action, Social Capital, and Development: Creating Synergy across the Public-Private Divide.» *World Development* 24(6), 1033-37.
- _____ (1996b). «Government Action, Social Capital, and Development: Reviewing the Evidence on Synergy.» *World Development* 24(6), 1119-32.
- _____ (1995). *Embedded Autonomy: States and Industrial Transformation*. Princeton: Princeton University Press.
- Figueiredo, Rubens y Bolívar Lamounier (1996). *As Cidades que Dão Certo: Experiências Inovadoras na Administração Pública Brasileira*. Brasília: M. H. Comunicação.
- Fligstein, Neil (1996). «Markets as Politics: A Political-Cultural Approach to Market Institutions.» *American Sociological Review* 61, 656-73.
- Fox, Jonathan (1996). «How Does Civil Society Thicken?: The Political Construction of Social Capital in Rural Mexico.» *World Development* 24(6), 1089-1104.

- Friedmann, John y Haripriya Rangan (eds.) (1993). *In Defense of Livelihood: Comparative Studies on Environmental Action*. West Hartford, Conn.: UNRISD y Kumarian Press.
- Friedmann, John y Mauricio Salguero (1988). «The Barrio Economy and Collective Self-Empowerment in Latin-America: A Framework and Agenda for Research.» En Michael P. Smith (ed.). *Power, Community and the City*. New Brunswick, NJ: Transaction Books.
- Friedmann, John (1992). *Empowerment: The Politics of Alternative Development*. Cambridge, MA: Blackwell Publishers.
- _____ (1986). «The World City Hypothesis.» *Development and Change* 17, 69-83.
- Gille, Zsuzsanna (2002). «Social and Spatial Inequalities in Hungarian Environmental Politics: A Historical Perspective.» En Peter Evans (ed.). *Livable Cities? The Politics of Urban Livelihood and Sustainability*. Berkeley: University of California Press.
- Harvey, David (1997). «Contested Cities: Social Process and Spatial Form.» En Nick Jewson y Susanne MacGregor (eds). *Transforming Cities: Contested Governance and New Spatial Divisions*. London: Routledge.
- _____ (1992). «Social Justice, Postmodernism, and the City.» *International Journal of Urban and Regional Research* 16(4), 589-601.
- _____ (1973). *Social Justice and the City*. London: Edward Arnold.
- Hirschman, Albert (1971). *A Bias toward Hope*. New Haven: Yale University Press.
- Hsiao, Hsin-Huang Michael y Hwa-Jen Liu (2002). «Collective Action Toward a Sustainable City: Citizens' Movements and Environmental Politics in Taipei.» En Peter Evans (ed.). *Livable Cities? The Politics of Urban Livelihood and Sustainability*. Berkeley: University of California Press.
- Keck, Margaret y Kathryn Sikkink (1998a). *Activists beyond Borders: Ad-vocacy Networks in International Politics*. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press.
- _____ (1998b). «Transnational Advocacy Networks in the Movement Society.» En David S. Meyer y Sidney Tarrow (eds.). *The Social Movement Society: Contentious Politics for a New Century*. Lanham, Md.: Rowman y Littlefield.
- Keck, Margaret E. (2002). «Water, Water, Everywhere, Nor Any Drop to Drink»: Land Use and Water Policy in São Paulo, Brazil.» En Peter Evans (ed.). *Livable Cities? The Politics of Urban Livelihood and Sustainability*. Berkeley: University of California Press.
- _____ (1995). «Social Equity and Environmental Politics in Brazil - Lessons from the Rubber Tappers of Acre.» *Comparative Politics* 27(4), 409-424.
- Logan, John y Harvey Molotch (1987). *Urban Fortunes: The Political Economy of Place*. Berkeley: University of California Press.
- Logan, John, Rachel Bridges Whaley y Kyle Crowde (1997). «The Character and Consequences of Growth Regimes: An Assessment of Twenty Years of Research.» *Urban Affairs Review* 32(5), 603-30.
- Mega-Cities Project (1996). *Environmental Innovations for Sustainable Megacities: Sharing Approaches to Work*. New York: Mega-Cities Project.
- Meyer, John et al. (1997). «The Structuring of a World Environmental Regime, 1870-1990.» *International Organization* 51(4), 623-51.

- Migdal, Joel, Atul Kohli y Vivienne Shue (eds.) (1994). *State Power and Social Forces: Domination and Transformation in the Third World*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mol, Arthur P. J. (1995). *The Refinement of Production: Ecological Modernization Theory and the Chemical Industry*. Utrecht: Van Arkel.
- Mol, Arthur P. J. y David A. Sonnenfeld (eds.) (2000). *Ecological Modernization around the World: Debates and Critical Perspectives*. London: Frank Cass and Co.
- Mollenkopf, John H. (1983). *The Contested City*. Princeton: Princeton University Press.
- Molotch, Harvey, William Freudenburg, y Krista E. Paulsen (2000). «History Repeats Itself, But How? City Character, Urban Tradition, and the Accomplishment of Place.» *American Sociological Review* 65, 791-823.
- Molotch, Harvey y John Logan (1984). «Tensions in the Growth Machine: Overcoming Resistance to Value-Free Development.» *Social Problems* 31(5), 483-99.
- Molotch, Harvey (1976). «The City as a Growth Machine: Toward a Political Economy of Place.» *The American Journal of Sociology* 82, 209-30.
- O'Rourke, Dara (2002). «Community-Driven Regulation: Towards an Improved Model of Environmental Regulation in Vietnam.» En Peter Evans (ed.). *Livable Cities? The Politics of Urban Livelihood and Sustainability*. Berkeley: University of California Press.
- Ostrom, Elinor (1997). «Crossing the Great Divide: Coproduction, Synergy, and Development.» En Peter Evans. *State-Society Synergy: Government and Social Capital in Development*. Berkeley: University of California Press.
- Peluso, Nancy L. (1992). «Traditions of Forest Control in Java: Implications for Social Forestry and Sustainability.» *Natural Resources Journal* 32(4), 883-918. Reimpreso en Raymond Bryant (ed.) (1993). «The Political Ecology of Resource Management in Southeast Asia,» número especial de *Global Ecology and Biogeography Letters* 3, 138-157.
- Peet, Richard y Michael Watts (1996). «Liberation Ecology: Development, Sustainability, and Environment in an Age of Market Triumphalism.» En Richard Peet y Michael Watts (eds.). *Liberation Ecologies: Environment, Development, and Social Movements*. London and New York: Routledge.
- Perlman, Janice (1976). *The Myth of Marginality: Urban Poverty and Politics in Rio de Janeiro*. Berkeley: University of California Press.
- Pezzoli, Keith (2002). «Sustainability, Livelihood and Community Mobilization in the Ajusco Ecological Reserve.» En Peter Evans (ed.). *Livable Cities? The Politics of Urban Livelihood and Sustainability*. Berkeley: University of California Press.
- Polanyi, Karl (1957) [1944]. *The Great Transformation*. Con prefacio de Robert M. Maclver. Boston: Beacon Press.
- Princen, Thomas (1997). «The Shading and Distancing of Commerce: When Internalization is not Enough.» *Ecological Economics* 20(3), 135-53.
- Ruggie, John (1994). «At Home Abroad, Abroad at Home: International Liberalisation and Domestic Stability in the New World Economy.» *Millennium: Journal of International Studies* 24(3), 507-26.

- Santos, Boaventura de Sousa (1997). «Participatory Budgeting in Porto Alegre: Toward a Redistributive Democracy.» Ponencia presentada en la Conference on Global Futures, Institute of Social Studies, 8-10 de octubre, La Haya.
- Sassen, Saskia (1997). «Cities in the Global Economy.» *International Journal of Urban Sciences* I(I), 11-31.
- _____ (1991). *The Global City: New York, London, Tokyo*. Princeton: Princeton University Press.
- _____ (1988). *The Mobility of Capital and Labor: A Study in International Investment and Labor Flow*. New York: Cambridge University Press.
- Schmidheiny, Stephan (1992). *Changing Course: A Global Business Perspective on Development and the Environment*. Cambridge, MA: The MIT Press.
- Schnaiberg, Allan (1980). *The Environment*. New York: Oxford University Press.
- Schnaiberg, Allan y Kenneth A. Gould (1994). *Environment and Society: The Enduring Conflict*. New York: St. Martin's.
- Schwartz, Peter y Peter Leyden (1997). «The Long Boom: A History of the Future 1980-2020.» *Wired* (julio).
- Setchell, Charles A. (1995). «The Growing Environmental Crisis in the World's Mega-Cities: The Case of Bangkok.» *Third World Planning Review* 17(1), 1-18.
- Shrivastava, P. (1993). «Crisis Theory/Practice: Towards a Sustainable Future.» *Industrial & Environmental Crisis Quarterly* 7, 23-42.
- Strange, Susan (1995). «The Defective State.» *Daedalus* 24(2), 55-74.
- Szasz, Andrew (1994). *Ecopopulism: Toxic Waste and the Movement for Environmental Justice*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Tarrow, Sidney (1994). *Power in Movement: Social Movements, Collective Action, and Politics*. New York: Cambridge University Press.
- Watson, Gabrielle (1995). *Good Sewers Cheap: Agency Customer Interactions in Low-Cost Urban Sanitation in Brazil*. Washington, D.C.: World Bank, Water and Sanitation Division.
- _____ (1992). «Water and Sanitation in São Paulo, Brazil: Successful Strategies for Service Provision in Low-Income Communities.» Tesis doctoral presentada en el Department of Urban Studies and Planning como requisito parcial para obtener el título de Master in City Planning, Massachusetts Institute of Technology, Cambridge.
- Watts, Michael (1999). «Contested Communities, Malignant Markets, and Gilded Governance: Justice, Resource Extraction, and Conservation in the Tropics.» En Charles Zerner (ed.). *People, Plants, and Justice*. New York: Columbia University Press.
- Woolcock, Michael (1997-1998). «Social Capital and Economic Development: Towards a Theoretical Synthesis and Policy Framework.» *Theory and Society* 27 (I), 1-57; 27(2), 151-208.